

“Por sus frutos lo conocerán”

El Siervo de Dios Padre Luis María Etcheverry Boneo vivió en plenitud su ministerio sacerdotal. Allí radicaba el secreto de su santidad. Puede decirse que todo en él fue sacerdotal. Pero para intentar captar su sacerdocio “desde dentro” hay que asomarse al misterio de su intimidad con el Maestro y Amigo: Jesucristo. Todo en su vida y su actuar provenía de esa intimidad con el Señor.

La abnegación con su consiguiente sobriedad y austeridad no constituían en el Padre un rasgo casual. Nunca hacía de este modo de ser suyo algo llamativo, pero al estar cerca de él y con mucha frecuencia podíamos descubrir que era un estilo, y el estilo, sin duda, es la persona.

Una abnegación permanente, cotidiana. A través de sus predicaciones se nos devela su camino ascético-místico: sumergirse minuto a minuto, más y más, en la Vida del Señor. Mirar a Jesucristo, ese era su método interior, su “GPS” diríamos hoy, *Si esto hizo Jesús por mí, ¿qué tengo yo que hacer por El? Si esto hiciste Tú Jesús por mí, ¿qué debo yo hacer por Ti?*

Su vida estaba permeada de la Palabra de Dios y quien entraba en contacto con él, encontraba a Jesús. Con las palabras, el silencio, los gestos, el modo de orar, el modo de celebrar la liturgia, el recogimiento antes de cualquier actuar; con todo su modo de ser. Su mirada penetrante expresaba fuerza y alegría, pero al mismo tiempo ternura y acogida. Se notaba inmediatamente: era una persona llena de Dios. Fue un hombre de Dios; vivía en diálogo permanente con Jesucristo.

El Padre Etcheverry ante todo era Padre frente a cada persona; era padre en el amor sanador de nuestras limitaciones, *“Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles” (Sal 102/103, 13)*. Estaba atento y al servicio de toda indigencia humana de cualquier procedencia: familia, estudio, trabajo, enfermedad, quehacer profesional. Permanentemente abierto a toda necesidad: social, cultural, económica, política, a todas las edades y estados de la vida.

Éramos conscientes de que cada afirmación suya estaba pasada por la savia de su propia experiencia natural y sobrenatural. Nunca nos mostraba caminos por donde él no transitara antes, ni nos proponía metas en las que no hubiera puesto previamente toda su energía en vivirlas.

Hombre de Iglesia que abrió nuevos escenarios de acción cultural a laicos, consagrados, y sacerdotes o futuros sacerdotes o religiosos, para que actuaran en el mundo y en nuestro país

Se hizo cercano a las personas más sencillas, les adecuó sus homilias o hablaba con ellas enseñándoles a valorar la importancia de lo pequeño y de lo grande, a todas y a cada una.

En su entrega paternal nos ayudaba a ser mejores en todo sentido, a centrarnos en lo que nos permitiría obtener paz y alegría serena; ser felices en esta vida y caminar hacia la vida eterna. Su paternidad tocaba lo más recóndito de nuestra interioridad porque tenía

la finura y la sabiduría de advertir detalles que a muchos hubieran pasado desapercibidos.

Todo en la existencia del Siervo de Dios se convertía en algo terriblemente serio y comprometedor cuando estaba en juego el amor de Dios. En ese amor misericordioso que expresaba con toda su persona pienso está la explicación de la fecundidad vocacional de su ministerio. ¡Cuántos hijos quieren seguir a ese Jesucristo que nos revelaba con tanto fuego apostólico! Son muchos en los que despertaba el anhelo de santidad ya sea en la vida seglar o en la vida consagrada. Jóvenes que se iban a comprometer con su profesión, matrimonios ejemplares, familias cristianas y un gran número de personas consagradas a Dios: más de 150 entre sacerdotes, Servidoras, religiosas.

Allí, en su radicalidad de identificación con Jesucristo, podemos encontrar la fuente más profunda de su fecundidad sobrenatural, de su capacidad de inspirar a muchos a seguir al Señor y poner la propia vida al servicio de” construir la tierra mirando el cielo” y de “ir al cielo construyendo la tierra”. Bajo la mirada y el cuidado maternal de María a quien amaba entrañablemente.

El Señor realizó cumplidamente los deseos expresados en los Ejercicios Espirituales para su ordenación:

“Un espíritu sacerdotal que penetre toda mi persona y toda mi actividad: sacerdote todo y siempre”.

Con ese espíritu realizó una siembra de la que él generosamente ofreció no ver sus frutos...pero los mismos se dieron en abundancia y de ellos la Iglesia y el mundo están muy necesitados.

Mabel Liébana, Servidora